

Emilio Mario (hijo).—Domingo de Santoval

El dinero de San Pedro

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO, EN PROSA Y ORIGINAL



MADRID

MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO

1898

12

Digitized by the Internet Archive
in 2013

EL DINERO DE SAN PEDRO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lirico-dramática de HIJOS de E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EMILIO MARIO (HIJO)—DOMINGO DE SANTOVAL

EL DINERO DE SAN PEDRO

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO, EN PROSA Y ORIGINAL

TEATRO LARA.—15 Enero 1898



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 10

Teléfono número 551

1898

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

EDUARDO.....	SR.	RAMÍREZ.
NICOLÁS.....		SANTIAGO.
ANGEL.....		GONZÁLVEZ.
DON QUINTÍN		LARRA.
DON HIPÓLITO.....		RUIZ DE ARANA.
SEÑORA IGNACIA.....	SRA.	VALVERDE.
JUANA.....		MAVILLARD.
DOÑA DOMINGA.....	SRTA.	CASADO.
IRENE.		GARCÍA SENRA.

La escena en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda las del actor

La colocación de los personajes contando desde la derecha del actor.

ACTO ÚNICO

Comedor de casa muy modesta. En primer término izquierda, mesa redonda bastante deteriorada y sobre ella tintero, pluma y un contrato de inquilinato. En la lateral izquierda, puerta obstruida por la mesa. En el foro derecha, otra. En el foro izquierda, otra, que se supone de la cocina, viéndose en el forillo vasar, la tinaja del agua y algunos otros detalles. Entre las dos puertas del foro aparador viejo y pasado de moda con un plato, dos bandejas, una botella grande con agua y un vaso. En la lateral derecha otra puerta. Diseminadas por la habitación unas y arrimadas á la pared otras, ocho sillas de distintas clases y hechuras, pero todas muy usadas, y dos sillones viejos. En la lateral derecha, en segundo término, sofá muy antiguo: una de las sillas, que es la que se ha de romper en la escena primera, estará colocada en el proscenio izquierda, de frente al público. Del centro del techo pende una cadena de lámpara. Sobre una silla el gabán y el sombrero de Eduardo. Sobre otra, un delantal blanco de criado, con peto. Delante del aparador, colgada entre dos sillas de un palo de escoba, que apoya en los respaldos, una lámpara de comedor muy modesta, con el depósito de porcelana: sobre el aparador la pantalla. Mucho desorden en la colocación de muebles y objetos.

ESCENA PRIMERA

EDUARDO, luego ANGEL y NICOLAS

EDUAR. (Sentado á la mesa, con la pluma en la mano, leyendo el contrato de inquilinato.) «Tercera. El atraso de ocho días en el pago de alquileres se estima como causa suficiente para incoar el desahucio.» (Declamando.) ¡Así! ¡Duro y á la cabeza!...

¡En fin, suscribamos el documento y pelillos á la mar! (Firma el contrato y acto continuo suena la campanilla.) ¡Gracias á Dios que parece alguien! (Suelta la pluma y sale precipitadamente á abrir por foro derecha, volviendo en seguida acompañado de Angel y Nicolás. Ambos vienen de sombrero de copa y largos gabanes, con el cuello levantado. Entran con aire cómicamente misterioso; Angel á la derecha de Nicolás, blandiendo los bastones, marcando el paso y tarareando el coro de conspiradores de «Adriana Angot».)

ANGEL. Cuando un amigo llama á otros dos,
NIC. Con toda urgencia.

ANGEL. Con precaución.

NIC. Es que hay un lío fenomenal.

ANGEL. Aquí nos tienes.

NIC. Puedes hablar.

EDUAR. (Que ha avanzado con ellos haciendo signos de mal humor y tratando de imponerles silencio, aproxima rápidamente dos sillas.) Dejaos de bromas que la cosa es grave. (Nicolás, mirando con cierta extrañeza á Eduardo, se sienta en la silla á que se ha hecho referencia en la decoración. Angel ocupa una de las que ha traído Eduardo, á poca distancia de Nicolás y á la derecha de éste, mirando también sorprendido á Eduardo. Eduardo se coloca en la otra silla entre Angel y Nicolás, los cuales se desabrochan los gabanes apareciendo de frac y con el desorden en el traje, propio de una noche de baile.)

ANGEL. (Arrellanándose.) Comprenderás que á las siete de la mañana y después de una noche de baile...

EDUAR. (Interrumpiendo.) Lo comprendo y seré breve...

NIC. (Bostezando.) Venga de ahí.

EDUAR. Ya sabeis los abundantes recursos con que he contado de algún tiempo á esta parte...

NIC. Con que hemos contado, porque, en más de un apuro y gracias á tu generosidad, he dejado el pabellón bien puesto.

ANGEL. ¿Vas á explicarnos al fin la famosa martingala?

EDUAR. No hay tal martingala. (Angel y Nicolás le miran sorprendidos) Os oculté la verdad... que ahora vais á conocer... Me caso con mi prima Irene antes de dos semanas.

- NIC. (Bostezando.) ¿Pues no estaba aplazado?
EDUAR. Sí, pero á mi tío Ciriaco...
ANGEL. ¡Ah! ¿El grave don Ciriaco San Pedro?
NIC. ¿El canónigo de Sigüenza?
EDUAR. El mismo... Se le ha agravado el asma y, entre dos golpes de tos, me ha dado la puntilla adelantando la boda. Ayer recibí la noticia de que mis tíos Hipólito y Dominga, acompañados de Irene, llegan hoy á las nueve y media. (Nicolás se va quedando dormido.)
- ANGEL. Dentro de dos horas.
EDUAR. Justo. Se detendrán aquí otras dos y seguirán para Sigüenza, á fin de ultimar allí los detalles del casamiento. (Breve pausa.) ¿Qué os parece?
- ANGEL. Pues que sea enhorabuena.
EDUAR. (Dando un suspiro.) ¡Sí, enhorabuena! Quiere también mi tío que, una vez casado, me establezca aquí en Madrid para ejercer la medicina, y, al efecto, me pone casa y me... (Nicolás da un fuerte ronquido. Eduardo se vuelve indignado hacia él.) ¡Hombre, muchas gracias! (Abriendo los ojos y enderezándose.) ¿Por qué?
- NIC. ¿Conque te duermes y roncas cuando estoy refiriendo?...
EDUAR. ¿Yo? (Angel se ríe.)
- NIC. ¿Yo? (Angel se ríe.)
EDUAR. ¡Ah! ¿Conque no has hecho?... (Imita el ronquido!)
- NIC. He hecho (Ronquido.) porque iba á decir (Ronquido.) ¡Olé, por los canónigos rumbosos!
- ANGEL. (Dando palmaditas.) ¡Olé!
EDUAR. (De mal humor.) Bueno, pues no me jalees y escucha.
- NIC. ¡Si no pierdo jota! Quedábamos en que te ponía casa...
EDUAR. Sí; y cumpliendo su oferta, en Diciembre último me giró mil reales, con orden de que inmediatamente tomase un cuarto. (Pausa y suspirando.) ¡Yo los tomé todos!
- ANGEL. (Sorprendido.) ¿Qué? (Nicolás se va durmiendo otra vez.)
EDUAR. Un maldito caballo de copas... (se calla quedándose muy apesadumbrado.)

- ANGEL. Vamos. Empiezo á comprender.
EDUAR. Contesté á la orden participándole que ya tenía un piso muy mono y desahogado. .
- ANGEL. ¡Y tan desahogado!
EDUAR. La respuesta fué un nuevo giro para empezar la compra del mobiliario. Quise con esto recuperar...
- ANGEL. (Interrumpiendo.) No prosigas; ¿en resumen?
EDUAR. ¡Más de cinco mil pesetas perdidas y gastadas, sin haber comprado ni la punta de un alfiler! (Furioso y dándose una palmada en el muslo.)
- ANGEL. ¡Valiente martingala!
EDUAR. (Continuando con más calor.) ¡Y en esta disposición y cuando imaginaba tener dos ó tres meses de respiro para buscar una salida, me cae como una bomba la funesta nueva, y, sobre todo, la venida de la familia, que naturalmente sueña con admirar, á su paso por Madrid, el nido que suponen preparado...
- ANGEL. (Interrumpiendo.) ¿Y qué has hecho?
EDUAR. ¡Creí volverme loco!... Reflexioné luego que se trataba de dos horas nada más. Salí á la calle, alquilé este piso; me metí en una prendería, alquilé también estos muebles, muy malos; pero que hacen su efecto, y, sobre todo, son fuertes... (En este momento Nicolás, que se ha echado hacia atrás dormido, rompe con estrépito el respaldo de la silla.)
- NIC. (Despertando asustado y dando un brinco.) ¡Ay!
ANGEL. (Levantándose y acudiendo.) ¡Que te matas!
EDUAR. (Idem y cogiendo la silla.) ¡Animall! ¡Partida por completo! Si no la compone don Quintín...
- ANGEL. ¿Quién?
EDUAR. Mi providencia... el vecino del sotabanco. (Tirando la silla con mal humor.) Pero dejemos esto, y sigo mi historia. Una vez aquí los muebles, os escribí las dos cartas que os habrán entregado vuestros porteros.
- ANGEL. A la salida del baile pasamos por mi casa y me la entregó el mío.
- NIC. El mío no, porque no he estado. (Muy apurado.) ¡Si la coge Juana!...
- EDUAR. (Con mal humor.) ¡Déjanos en paz de Juana!

Por último, como las señas de esta habitación no coincidían, según podéis suponer, con las que tenía dadas del cuarto imaginario, he fingido una mudanza repentina, que ya veré de justificar, avisándolo á Sigüenza y al pueblo. Así justifico también este aspecto de hospital robado, porque, lo que no esté aquí, es que está en otra parte...

ANGEL. Y no pueden decir que mientes.

EDUAR. Vamos; en la otra casa. (Nicolás vuelve á bostezar.)

ANGEL. ¿Y si quieren verla también?

EDUAR. No hay tiempo. Los voy á esperar al Norte, los traigo, los doy un desayuno, los facturo en el Mediodía...

ANGEL. Bueno; ¿y se puede saber entonces para qué nos has hecho venir?

EDUAR. Porque falta la cúpula del edificio. Uno de vosotros tiene que hacer de criado.

NIC. Pero, ¿hablas seriamente?

EDUAR. (Con mucho calor.) Pero ¿os habéis fijado en mi situación? ¿No comprendéis que, si no tengo á mi lado una persona que esté en el secreto y me secunde con inteligencia, todo se lo llevó la trampa?

NIC. ¿Y no sabes tú que, para zafarme de Juana y pasar la noche fuera, he alegado la enfermedad de un pariente y si no vuelvo temprano...

ANGEL. (Interrumpiendo.) Pues y las otras...

NIC. Es verdad. (A Eduardo.) Nuestras parejas de baile, á quienes hemos ofrecido un refrigerio á la salida, y están esperándonos en el café del Brillante.

ANGEL. Yo, por otra parte, tengo ya dos cruces en la clase de Procedimientos. A la tercera dejan para Septiembre y hoy pasan lista. (Eduardo escucha con la cabeza baja.)

NIC. Ya conoces el carácter de Juana y que por algo la pusiste doña Juana la loca...

EDUAR. (Con amargura.) ¡Muy bien! Cuando corría el dinero del canónigo, ¡qué amigos tan leales! Ahora que hay que pagar las consecuencias...

- ANGEL (Serio.) Basta; si lo tomas en ese sentido...
Dispón de mí.
- NIC. (Serio.) De ningún modo. Yo me quedo.
- EDUAR. (Dudoso.) Ya comprendéis...
- NIC. ¡Aunque me mate la otra! (A Angel.) Vete tú
á clase.
- EDUAR. (Abrazando á Angel con entusiasmo.) ¡No esperaba
yo menos de vosotros!
- NIC. (Picado.) Muchas gracias.
- EDUAR. (Volviéndose vivamente y abrazando también á Nicolás.) Y tú, sobre todo... (Dándole palmaditas en el hombro. Ya verás, ¿qué son dos horas? Yo lo siento... pero bien veis que me juego aquí el todo por el todo, que me juego mi porvenir, que me juego la mano de Irene, que me juego...)
- ANGEL Y que te has jugado los cuartos del tío.
- EDUAR. ¡No me lo recuerdes!... (Carñosamente á Nicolás llevándole hacia lateral derecha.) ¡Ea! Ven á vestirme, que no podemos perder un minuto.
- NIC. (Deteniéndose á tiempo de entrar.) ¿Qué vas á ponerme?
- EDUAR. Ropa mía usada; ahí la encontrarás. Anda, anda.
- NIC. (Entrando en lateral derecha.) ¡Siempre pago yo los vidrios rotos! (Deteniéndose.) ¡Esto está como boca de lobo!
- EDUAR. Ahí tienes vela. (Vase Nicolás.)

ESCENA II

ANGEL y EDUARDO

- EDUAR. (Cerrando la puerta y viniendo hacia Angel.) ¡Pobrecillo!
- ANGEL (Mirando el reloj.) Bueno, yo me largo. (De pronto.) ¡Ah, caramba! ¿Quién va á sacar del purgatorio á nuestras Dulcineas?
- EDUAR. ¿A quién?
- ANGEL A las del baile, porque estarán á estas horas como esfinges, sentadas en el café, sin tener con qué pagar.
- EDUAR. Pues tú.

ANGEL. No me queda tiempo.
EDUAR. Bien, vete; yo lo arreglaré con Nicolás.
ANGEL. (Dándole la mano.) Hasta luego entonces.
EDUAR. Adiós.
ANGEL. (Dirigiéndose foro derecha.) ¿Por aquí?
EDUAR. Sí, de frente y á la izquierda.
ANGEL. A la tarde volveré á saber si has triunfado.
EDUAR. ¡Dios lo haga! (vase Angel por el foro derecha.)

ESCENA III

EDUARDO, luego NICOLÁS

EDUAR. (Asomándose á la lateral derecha.) ¿Cómo anda eso?
NIC. (Aparece en la puerta con un chaleco y una americana bastante deteriorados, conservando el resto del traje.) ¡Cuando yo decía!... (Mira con visible disgusto la americana y el chaleco, que, á permitirlo la diferencia de estatura de los actores, le estarán ó excesivamente grandes ó excesivamente pequeños. En uno de estos movimientos toca los bolsillos del chaleco.)
EDUAR. (Vivamente.) Qué, ¿hay algo?
NIC. (Metiendo la mano en uno de los bolsillos.) Miguitas de pan.
EDUAR. (Con disgusto.) Ya me lo figuraba. (Dirigiéndose á coger el delantal.) Vamós con otro detalle.
NIC. (Mirando sorprendido el delantal.) ¿Qué es eso?
EDUAR. (Poniéndole el delantal y atándole las cintas.) Las insignias.
NIC. Me vas á poner como un *Ecce-Homo*.
EDUAR. (Concluyendo de atarle el delantal y separándose para contemplarle.) Perfectamente. Ahora á entrar en funciones. (Dirigiéndose a coger la lámpara.) Ayúdame á colgar esta lámpara. (Nicolás se acerca de mala gana.) Toma. (Quita el depósito, cogiéndole por la boquilla del tubo, y se le entrega á Nicolás, que le cogeá su vez por los costados con ambas manos.)
NIC. ¿Dónde le pongo?
EDUAR. (Designando el aparador.) Ahí. (Dirigiéndose con la lámpara al centro de la escena.) Trae una silla.

- NIC. (Trayéndola.) Una silla. (La coloca debajo de la cadena.)
- EDUAR. (Disponiéndose á subir.) Aguanta bien.
- NIC. (Sujetándola con ambas manos por el respaldo.) Sube tranquilo. (Escena muda. La silla ha de estar colocada con el respaldo hacia la derecha, y Eduardo ha de subirse dando frente á la izquierda, de modo que Nicolás, sujetando la silla por el respaldo, quedará con la cara un poco más baja que los riñones de Eduardo, el cual pugnará por enganchar la lámpara, dando fuertes resplidos.)
- EDUAR. (Rendido por los esfuerzos y volviendo la cabeza hacia Nicolás.) ¿Ves desde ahí el agujero?
- NIC. (Con displicencia.) ¡Qué he de ver yo!
- EDUAR. ¿Aguantas?
- NIC. (Volviendo la cabeza.) Sí, hombre, sí; ya lo creo que aguanto.
- EDUAR. (Enganchando la lámpara.) ¡Ahora! Dame la pantalla. (Nicolás obedece en silencio y como un autómeta, dando frecuentes bostezos. Eduardo coloca la pantalla.) Trae el depósito. (Nicolás se le lleva, cogiéndole por el fondo, y después de entregársele á Eduardo se limpia la mano en el delantal. Eduardo lo observa.) ¿Está manchado?
- NIC. (Oliéndose la mano.) ¡Una friolera!
- EDUAR. (Colocando el depósito.) Ya veremos lo que es. (Coloca el depósito y después le examina y toca el fondo con la mano.) ¡Se sale esta maldita! (A Nicolás.) Dame una punta del delantal.
- NIC. (Le alarga el delantal. Eduardo empieza á limpiar, tirando de él cada vez más, mientras Nicolás se empina hasta que llega un momento en que no puede subir más.) ¡Eh, que no soy de goma!
- EDUAR. (Soltando el delantal y bajándose.) Buena está. No hay que encenderla... (A Nicolás.) Otra cosa... Angel no ha querido ir al Brillante. ¿Vas á ir tú?
- NIC. ¿Salir así á la calle? Pues hasta ahí podían llegar las bromas.
- EDUAR. Mandaremos á la portera.
- NIC. Sí, que vaya y las... (Campanillazo.)
- EDUAR. ¡Chitón! Voy á abrir. No olvides tu papel.

ESCENA IV

DICHOS y DON QUINTÍN

- NIC. (Solo.) ¿Quién será el mortal dichoso que me va á contemplar con estos arambeles? (Entra por el foro y seguido de Eduardo don Quintín, con una gran cesta al brazo izquierdo y en la mano del mismo lado un plumero largo de los de limpiar techos; en la mano derecha un talego. Trae puesto un gorro muy viejo, un gabancete bastante usado y zapatillas: el gabancete cuidadosamente abrochado. Tapabocas muy liado al cuello.)
- QUIN. (Baja el plumero para entrar: en cuanto entra le pone vertical y se adelanta sin ver á Nicolás, imitando la marcha de los clarines de caballería.) Tra... ta... ta... (Viendo á Nicolás.) ¡Ay! Dispense usted.
- EDUAR. (Que entra inmediatamente después, riendo.) Es el criado.
- QUIN. (Con desprecio y volviéndole la espalda.) ¡Ah! (Da dos notas más.)
- EDUAR. Contento viene usted, don Quintín.
- NIC. (Aparte.) El vecino del sotabanco.
- QUIN. ¡Si ese Rastro es el Paraíso! Toma, muchacho. (Da el plumero á Nicolás y se dirige á lateral izquierda, hacia la mesa, en la que deja la cesta, auxiliado por Eduardo.)
- EDUAR. (Mientras coloca la cesta encima de la mesa.) ¿Qué viene aquí?
- QUIN. (Deteniéndole con un ademán.) ¡Paciencia! (Nicolás bosteza y manifiesta el aburrimiento de que se halla poseído, conservando el plumero vertical, á guisa de lanza.)
- EDUAR. ¿Y en ese talego?
- QUIN. (Levantándole y aproximándosele á Eduardo.) Esto es una sorpresa. Tiente usted. (Eduardo tienta el bulto que hay dentro del talego y se oye un mayido profundo.)
- EDUAR. (Sorprendido y retirando la mano vivamente, mientras don Quintín ríe muy satisfecho.) ¿Un gato?
- QUIN. ¡Una alhaja! Por dos reales. Le tenían en

ajuste en un *restaurant*, me dió lástima y le compré. Vamos á soltarle.

EDUAR.
QUIN.

¿Dónde?
(Dirigiéndose lateral derecha.) En el cuarto obscuro, hasta que se acostumbre á la casa. Ayúdeme usted. (Don Quintín, al llegar á la puerta lateral derecha, se pone en cuclillas, metiendo la boca del talego por la pequeña abertura que resultará al entreabrir Eduardo una hoja. Dando manotacitos en el talego y levantando por último el fondo.) ¡Anda, valiente! (Figura que sale el gato.)

EDUAR.

(Cerrando rápidamente la puerta.) ¡Qué grande es! (Se oye otro mayido profundo.)

QUIN.

¡Un toro! (Dirigiéndose otra vez hacia la mesa.) ¡Y negro; buena sombra! (A Eduardo.) Venga usted ahora á ver canela.

EDUAR.

(Acercándose también á la mesa.) Vamos allá. (Quita rápidamente el contrato y el tintero y los pone sobre el aparador.)

QUIN.

(Soltando el talego sobre la mesa y empezando a sacar de la cesta los objetos que indica el dialogo.) Para té, para café con leche, jicaras, platillos, platos. (Con entusiasmo.) ¡Y no hay dos iguales! (Eduardo hace un gesto.) Una ganga; todo por tres pesetas. (Nicolas, rendido de sueño, se deja caer sobre la silla más próxima y se duerme sin soltar el plumero.)

EDUAR.

Veo que sabe usted comprar.

QUIN.

(Sin dejar de remover la vagilla.) ¡Uy! ¡Tendría yo mi casa si no fuese por la pícara retención!...

EDUAR.

¿Está usted sujeto á retención?

QUIN.

De la cuarta parte reglamentaria. Y con cuatro mil reales de sueldo, calcule usted... Ahora hay que fregar esto. (Sacando un paquete de la cesta y volviéndole á meter en ella.) Aquí traigo legía.

EDUAR.

La señora Ignacia...

QUIN.

(Con disgusto.) ¡No me nombre usted á esa arpía!

EDUAR.

¿Está usted mal con ella?

QUIN.

Ni bien ni mal; pero me tiene frito con los alquileres... ¡Eso no es una portera; es un recibo con faldas!

EDUAR.

Sin embargo...

- QUIN. ¡Cál Entre el chico y yo...
EDUAR. De ningún modo.
QUIN. ¡Quite usted allá! (Volviéndose y viendo á Nicolás dormido.) ¡Calle! ¡Se ha dormido!
EDUAR. El pobre se ha pasado toda la noche con líos y danzando...
QUIN. (Aproximándose á Nicolás y sacudiéndole.) ¡Eh! ¡Arriba! (Nicolás se pone rápidamente de pie.) ¡A fregar!
NIC. (Mirándole estúpidamente.) ¿Qué?
QUIN. Que hay que fregar todo esto. ¡Alza!
EDUAR. (A don Quintín.) Pero, deje usted...
NIC. (Con visible disgusto y mirando alternativamente á don Quintín y á Eduardo.) ¿Yo?
QUIN. ¡Claro!
NIC. (A Eduardo que le hace señas de que tenga paciencia.) Ya sabe usted que eso de fregar...
EDUAR. (A don Quintín.) ¿Sería mejor?...
QUIN. (Interrumpiéndole.) ¡Chispitinas! ¡Pues no te cuidas tú poco las manos!... ¡Hala, hala!... (A Nicolás, cogiendo la cesta y dirigiéndose á la cocina.) Yo secaré y concluimos á escape. (Señalando la vagilla que ha quedado sobre la mesa.) Tráete eso. ¿Cómo te llamas?
NIC. Nicolás.
EDUAR. (A don Quintín.) Pero si no es preciso...
QUIN. ¡Déjeme usted á mí! (Entrándose por el foro izquierda cantando:) Tengo un niño chiquitín, que se llama Nicolás...
NIC. (Muy incomodado y al verse solo con Eduardo.) ¡Lo que es si empezamos así!...
EDUAR. Son cosas de ese hombre, que en todo se mete. (Cogiendo la vagilla.) Pon el delantal, anda.
NIC. (Soltando el plumero y poniendo el delantal de mala gana.) Si hubiera yo sabido esto...
EDUAR. (Suplicante y echando en el delantal el resto de la vagilla.) ¡Pero hazte cargo, por Dios! ¿Qué pensará si te niegas?
NIC. Allá tú; yo me lavo las manos.
EDUAR. (Más suplicante aún.) ¿Y qué más te da fregar-telas?
QUIN. (Dentro.) ¡Nicolásito! ¿Vienes?
NIC. ¡Voy!

- EDUAR. ¡Va!
- NIC. (Dando media vuelta y haciendo sonar la vajilla.) ¡Así se lleven los demonios!... (Vase foro izquierda.)
- EDUAR. ¡Eh! ¡Cuidado! (Paseándose con mal humor.) Ya está furioso y no hemos empezado aún. ¡En este mundo no hay más que egoistas! ¡Y habrá que mandar á la portera! (Parándose á mirar la silla rota.) ¡Y componer esta silla! (Sacando el reloj.) ¡No sé cómo voy á atender á todo!
- QUIN. (Saliendo por el foro izquierda.) Este muchacho es un zopenco. ¡No sabe ni encender la lumbré!
- EDUAR. Está rendido. (Transición.) Vamos á ver, don Quintín... (Enseñándole la silla.) Aquí tiene usted tarea...
- QUIN. (Reparando en la silla.) ¿Qué es esto? (Acercándose á examinarla.) ¡Malo! Fractura conminuta con pérdida de...
- EDUAR. Para usted es un juego de chiquillos.
- QUIN. No tanto; pero se hará lo que se pueda. Voy por las herramientas y la cola. (Se dirige al foro derecha.)
- EDUAR. Perfectamente. ¡Ah! Y hágame usted el favor de decir á la señora Ignacia que venga.
- QUIN. (Después de un momento de vacilación.) A la... Bueno... se lo diré. (Vase foro derecha.)

ESCENA V

EDUARDO y NICOLÁS

- EDUAR. (Paseándose rápidamente.) ¿Qué cabo hay que atar ahora?
- NIC. (Sale de foro izquierda con las manos muy coloradas, soplándoselas con signos de dolor y se dirige resueltamente hacia lateral derecha.) ¡Uf! ¡Uf!
- EDUAR. (Sorprendido.) ¿Dónde vas?
- NIC. Por el frac y el abrigo.
- EDUAR. (Deteniéndole por un brazo.) Espera.
- NIC. (Deteniéndose de mala gana.) ¡No esperol!
- EDUAR. Pero, ¿qué te sucede?

NIC. (Sin dejar de soplarse las manos.) Que ese acémila me ha dejado un paquete de legía; le echo en el agua, según me encargó, meto las manos con una taza y como si las hubiera metido en un anafre... (Enseñándole las manos.) ¡Mira qué bonito!

EDUAR. ¿Quemaba?

NIC. (Furioso.) ¡No; daba mucho gusto!... Y luego conque Nicolasito arriba y Nicolasito abajo... (Dando a Eduardo en la nuca.) me ha sacudido dos ó tres pescozones.

EDUAR. (Sintiendo entrar á la señora Ignacia.) ¡Chist! ¡La portera!

ESCENA VI

DICHOS y la SEÑORA IGNACIA

IGN. (Aparece foro derecha. Representa unos cuarenta años. Trae el llavín, un recibo de inquilinato y una cesta pequeña destapada, en la que se verán varios paquetes y una botella con leche. Durante esta escena Nicolás no dejara de mirarse y soplarse las manos con disimulo.) Buenos días nos dé Dios. (Mira á todas partes.)

NIC. Felices.

EDUAR. Muy buenos, señora Ignacia. ¿Qué busca usted?

IGN. A ese condenado de hombre. ¿No está?

EDUAR. ¿Don Quintín?

IGN. Don Quintín. Va y me da una voz por el hueco de la escalera... (Gritando desafortadamente.) ¡Señá Ignacia, alce usted pa arriba! (Natural.) Ya ve usted que expresiones tan finas pa dirigirse á una señora. Mi Perico (Da un silbido.) me silbaba y esas ya son otras formas.

EDUAR. Naturalmente. Pues quería...

IGN. (Interrumpiéndole.) Conque voy y le digo (Gritando.) ¿Aonde? (Natural.) Y va y me dice... (Gritando.) ¡Al segundo derecha! (Natural. Eduardo y Nicolás dan muestras de impaciencia.) En cuan-

- to le oí, cojo esto (señalando la cesta.) y el recibo del mes pasao...
- EDUAR. (Interrumpiendo.) Bien; pues deseaba...
- IGN. (Interrumpiendo.) Porque no sabe usted lo que es ese pelma. (Con mucha energía.) Parece que ha hecho *voto de castidad* de no pagar nunca corriente.
- NIC. Señorito... que las señoritas están esperando.
- EDUAR. A eso voy.
- IGN. ¡Ah! ¿Aquí es el criado?
- EDUAR. Sí, señora.
- IGN. Por muchos años.
- NIC. (Aparte.) Gracias.
- EDUAR. (A la señora Ignacia.) Pues ahora me corre prisa un encargo.
- IGN. (Interrumpiendo.) Lo hubiera usted dicho antes... ¿Qué es ello?
- EDUAR. Verá usted... (vacilando.) Habrá dos señoras en el café del Brillante.
- IGN. Calle de la Montera. Ya le conozco. ¿Qué quiere usted?
- EDUAR. Que me hiciera usted el favor, porque este no conoce las calles...
- IGN. ¡Pobre! Ya te sacaré yo los domingos.
- EDUAR. (Con impaciencia interrumpiendo.) De avisarlas que no puedo ir y llevar de paso para que paguen...
- IGN. No me diga usted más. ¿Pero, cómo las voy á conocer?
- EDUAR. Dos señoras solas.
- NIC. Y con dominós.
- EDUAR. Es verdad. Ya no me acordaba.
- IGN. Corriente. Voy á soltar esto en la cocina. (Retrocediendo de pronto ai ir á entrar al tiempo que Eduardo saca dinero del bolsillo.) ¡Ay! ¡Si no puedo!
- NIC. (Aparte.) ¡Demonio!
- EDUAR. ¿Por qué?
- IGN. Porque no quiero dejar á mi nieta sola.
- EDUAR. (Mirando á Nicolás.) ¿Qué hacemos?
- IGN. (Señalando á Nicolás.) Como no se quedase éste con ella. (Se entra por el foro izquierda.)
- NIC. (Volviéndose rápidamente y echándola una mirada furibunda.) ¡En seguidal

- EDUAR. Decide.
- NIC. Pero, ¿cómo voy á estar en la portería con?...
- EDUAR. Pues no se las avisa, y en paz.
- NIC. ¡Clarol!... A tí.. Pero yo quedo como un aguador y expuesto á que se presenten en mi casa. (Con resolución á la señora Ignacia, que sale por el foro izquierda.) ¡Señora Ignacia, vamos!
- IGN. ¿Te quedas?
- NIC. Sí.
- EDUAR. (Dando á la señora Ignacia dinero.) Tome usted.
- IGN. (Cogiendo el dinero y saliendo por el foro derecha, seguida de Nicolás.) Si llora, con un poco de papilla...
- NIC. ¡De lumbre! (vase furioso.)
- IGN. Y si por casualidad... (Sale, perdiéndose las últimas palabras.)
- EDUAR. (Tratando de seguir á Nicolás.) Oye... (Vuelve al proscenio al ver que Nicolás no le hace caso.)

ESCENA VII

EDUARDO, luego DON QUINTÍN

- EDUAR. Va hecho una furia... En parte tiene razón... Pero, ¿quién iba á figurarse... (Mirando el reloj.) Y yo debía estar ya camino de la estación. (Dando media vuelta.) ¡Eal me marchó aunque deje la casa sola. (Se pone el gabán y el sombrero, y al volverse rápidamente, tropieza con éste en la lámpara.) ¡Agua va! (Se quita el sombrero y se lo vuelve á poner.) Hay que poner aquí una silla. (La pone, y al detener la oscilación de la lámpara, sujetando ésta por el depósito, nota que gotea.) ¡Gotea como un filtro! (Afasta un poco la silla.)
- QUIN. (Por el foro derecha, con una cafetera grande de cola, provista de una brocha, un martillo y el llavín.) ¡Jesús, qué terquedad de mujer! (Soltando el llavín sobre el aparador.) ¡El llavín que me ha dado esa bruja!
- EDUAR. ¿Ha sufrido usted otro asalto?
- QUIN. Otro; sí, señor.

- EDUAR. Pues yo me marchó á la estación, que apenas me queda tiempo...
- QUIN. (Sentándose en el suelo, poniendo al lado la cafetera de la cola, de modo que quede bien á la vista del público, el martillo y un papel con puntas de París, que saca del bolsillo, y disponiéndose á componer la silla.) Vaya usted tranquilo, don Eduardo, que de aquí no me muevo.
- EDUAR. En cuanto suba el chico...
- QUIN. (Interrumpiendo.) Bueno; primero le voy á pegar...
- EDUAR. ¿Otra vez? ¡No, hombre!
- QUIN. Si digo los palos á la silla; y luego, con el chico ó sin él, que yo no necesito á nadie, todo estará corriente á su tiempo.
- EDUAR. (Dirigiéndose al foro derecha.) Pues hasta la vuelta.
- QUIN. Vaya usted con Dios. (Vase Eduardo foro derecha.)

ESCENA VIII

DON QUINTIN, luego LA SEÑORA IGNACIA

- QUIN. Pues señor... *labor improbus*. (Enderezando el respaldo. Se oye un mayido del gato. Don Quintín vuelve la cara.) Calla, morrongo... Aquí no van á servir clavos... (Baja el respaldo da cola con la brocha y vuelve á acoplar la rotura.) Me parece que esto no pega ni con cola... Y menos estando fría... (Vuelve á dar cola y suena la campanilla.) ¡Andal! Algo se le ha olvidado. (Se levanta á abrir y vuelve á entrar, huyendo de la señora Ignacia. Esta, con martón, pañuelo á la cabeza y dos papeles, uno de bollos y otro de ensaimadas.)
- IGN. (Persiguién ole.) ¡Si no es eso, hombre de Dios!
- QUIN. ¿No se trata del recibo?
- IGN. ¡Quién piensa ahora en recibos! (Coge las dos bandejas que hay sobre el aparador, y viene con ella y los dos paquetes á la mesa sobre la que coloca todo, sacando durante el diálogo que sigue, los bollos y las ensaimadas, que distribuye en las bandejas.) Aguarde usted. (Don Quintín vuelve á sentarse y conti

nú: la compostura de la silla, clavando una punta de París.)

QUIN. (Aparte.) ¿Qué se traerá de nuevo esta gaceta?

IGN. (Con misterio.) Diga usted.. ¿Dónde va don Eduardo tan de prisa?

QUIN. ¿Se le ha encontrado usted?

IGN. Al subir por el mantón,

QUIN. Pues ya lo sabe usted. Va á la estación á esperar á sus futuros suegros y á la novia.

IGN. (Con sorna.) Y al Nuncio.

QUIN. Querrá usted decir al canónigo; pero ese no viene.

IGN. Ni las otras tampoco.

QUIN. (Sorprendido y dejando de clavar.) ¿Por qué?

IGN. Porque ahora mismo voy yo á avisarlas que no vengán...

QUIN. (Soltando la brocha atravesada en la boca de la cafetera, levantándose y aproximándose á la señora Ignacia, con curiosidad.) ¿A la estación? (Mira los bollos ecdiciosamente.)

IGN. (Con misterio.) Al café del Brillante

QUIN. (Sorprendido y pellizcando un bollo.) ¿Qué?

IGN. A decir á dos señoras, con dominoses, que están allí aguardando, que no puede ir.

QUIN. (Reflexionando y pellizcando otra vez.) ¿Dos señoras?

IGN. (Contando los bollos.) Nueve.

QUIN. (Muy admirado.) ¡Chispitinas! ¿Nueve?

IGN. No, hombre, dos señoras... ó dos...

QUIN. (Interrumpiéndola.) ¡Chist! (Pellizcando nuevamente.) Pero entonces, ¿á quién va á buscar don Eduardo?

IGN. (Apartando las bandejas incomodada.) ¡Ay, don Quintín, y cómo le rezumbea á usted la geta por lo dulce!

QUIN. (Ofendido.) ¡Señora!

IGN. (Cogiendo con aire las bandejas y al tiempo que se entra con ellas y los papeles en la cocina.) ¡Así está usted de esmirriao! (Vase foro izquierda.)

QUIN. (Dando un paso hacia ella.) Y á usted, ¿qué la importa? (Viniendo á coger el puchero de la cola.) Con estas gentes da uno el pie y se toman la mano... si no se toman algo más... Vamos

á calentar la cola. (Va á coger el puchero, y distraído coge la brocha por las cerdas, sacudiendo vivamente la mano.) ¡Anda, yo también! (Mete la brocha en el puchero y le coge con la mano izquierda, conservando la derecha abierta; al dirigirse á la cocina sale la señora Ignacia comiendo.)

IGN. (Señalando con la cabeza á la cocina.) Ya está todo. No deje usted de darse una vuelta.

QUIN. Bueno. (Transición.) ¡Ah! ¿Me planchó usted las camisas?

IGN. Una le he subido. Las otras se están oreando en la portería... (Dirigiéndose al foro derecha.) Hasta luego.

QUIN. (Dando un paso hacia la cocina.) Adiós.

IGN. (Volviendo desde la puerta del foro derecha y dirigiéndose á don Quintín. Con misterio.) Oiga usted... Ahora estaba yo cavilando en la cocina... que esas señoras... ó esas...

QUIN. (Tapándola la boca con la mano derecha.) ¡Basta!

IGN. (Retrocediendo vivamente y haciendo un gesto.) ¡Ay, Jesús! (Reparando el puchero.) ¡Maldita sea la cola! (Se limpia la boca con el mantón.)

QUIN. (Señalando la puerta con el índice.) Si se hubiera usted largado...

IGN. (Furiosa.) Si no fuera usted tan .. (Dando media vuelta y saliendo por el foro derecha Don Quintín, sin hacerle caso, entra en la cocina, queda un instante sola la escena y vuelve á salir sin la cafetera de la cola, dirigiéndose á la silla que estuvo componiendo.)

ESCENA IX

DON QUINTÍN, luego NICOLAS

QUIN. (Recogiendo el paquete de puntas y el martillo, que coloca sobre el aparador.) Dos damiselas... de máscara.. y baile por consiguiente... ¿Si tendrá razón esta bruja y estaré yo aquí sirviendo de tapadera y no habrá tal pueblo ni tal novia... (Campanillazo muy fuerte.) ¡Chispitinas! (saliendo á abrir.) ¿Vuelve la sibila de Cumas? (Desaparece por el foro derecha. Un instante después entra Nicolás despavorido, trayendo en brazos la nieta

de la portera, que está en pañales. Don Quintín viene inmediatamente detrás asustado.)

NIC. (Con terror, dando vueltas por la escena.) ¡Qué viene!... ¡Que sube!...

QUIN. ¿Quién?

NIC. (Con frases entrecortadas y sin dejar de dar vueltas.) ¡Esa fieral!... ¡Miraba el número! ¡La he visto!... ¡Ha cogido la carta!...

QUIN. (Siguiéndole en sus vueltas y revueltas.) ¿Qué carta? (Campanilazo.)

NIC. (Dando un salto.) ¡Ahí está! ¡Que no se entere! ¡Que no sepa nada! ¡Echela usted! ¡Que no me vea!

QUIN. ¿Pero quién?

NIC. (Haciendo ademán de ir á entrar por lateral izquierda, y al ver obstruída la puerta por la mesa, precipitándose por lateral derecha y cerrando.) ¡Doña Juana la local!

QUIN. (Suspense.) ¡Atiza! ¡La mujer de Felipe el Hermoso! (En voz muy alta al oír otro campanilazo.) ¡Van, señora, van! (Estirándose el chaleco.) ¡Estoy bueno para recibir á Su Alteza! (Vase foro derecha.)

ESCENA X

DON QUINTÍN, JUANA, NICOLAS, escondido

JUANA (Entra con pañelo en la cabeza y mantón. Se le terciaba, se cuadra en medio de la escena y dirige una mirada en torno, mientras don Quintín, intimidado por aquel ademán resuelto, la examina á hurtadillas.) Este es el segundo derecha ¿verdad?

QUIN. Así dice el casero.

JUANA ¿Está su señorito de usted?

QUIN. Estoy solo. Pero le advierto á usted que yo no sirvo.

JUANA (Pausadamente y abarcando á don Quintín con una mirada.) Tiene usted razón; no me había fijado... Bueno... ¿vive aquí don Eduardo López?

QUIN. ¿Qué deseaba usted?

JUANA (Con una repentina expresión de cólera, que hace dar

- un salto á don Quintín.) ¡Ah! ¿Conque vive? (Precipitadamente.) ¿Con quién? ¿Desde cuándo? ¿Quién ha pasado aquí la noche?
- QUIN. (Intimidado.) Repare usted que yo no he dicho...
- JUANA (Interrumpiéndole con la misma vehemencia.) ¡No me lo oculte usted! ¡Lo sé todo!
- QUIN. Pues si lo sabe usted..
- JUANA (Sacando el pañuelo y rompiendo á llorar de una manera exagerada.) ¡Ay! Dios mío, Dios mío, (Apartándose el pañuelo de la cara.) ¡Canalla granuja, pillo! (Con una brusca transición, dejando de llorar.) ¿Cómo se llama usted?
- QUIN. Quintín Banderas para...
- JUANA (Interrumpiéndole.) ¡Ay, qué hombres, señor Banderas! ¡Qué hombres! (Vuelve á llorar estrepitosamente.)
- QUIN. Señora, tranquilícese usted. (Aparte.) ¡Y no es feal...
- JUANA (sollozando.) ¡Ay, ay, ay!
- QUIN. ¡Cálmese usted, por favor! (Coloca una silla en el centro de la escena, á la derecha de la que Eduardo dejó un poco apartada de la lámpara.) Tome usted asiento, y á ver si se le pasa.
- JUANA (Sin dejar de llorar ni apartarse el pañuelo de la cara, se sienta en la silla que le ha ofrecido don Quintín: éste ocupa la otra, y, después de sentado, avanza para aproximarse á Juana, de modo que venga á quedar debajo de la lámpara.) ¡Ay!.. ¡Ay!...
- QUIN. Vamos... sírvase usted explicarse. (Breve pausa, durante la cual y, mientras Juana con el pañuelo en los ojos solloza, don Quintín se encoge y hace un movimiento como si le picara algo en la nuca.)
- JUANA (Con otra brusca transición, dejando de llorar de pronto, echándose atrás el pañuelo de la cabeza y encarándose con don Quintín.) ¿Cuántas eran?
- QUIN. (Muy sorprendido.) ¿Quiénes?
- JUANA (Exaltándose.) ¡Ellas! ¡Las mujeres! ¡Las que han venido aquí! (Don Quintín perplejo no contesta, limitándose á mirar á Juana con ademán interrogativo, haciendo otro movimiento de nuca.) ¿Qué? ¿Se encoge usted de hombros?
- QUIN. No, señora, si es que no sé...
- JUANA ¡Yo sí! ¡Lo sé! ¡Lo adivino todo!

- QUIN. Pero...
- JUANA (Con el mismo calor.) ¿Qué quería decir, si no, la carta entregada al portero? ¿Y el pariente enfermo? (Movimiento de nuca de don Quintín. Juana avanza las dos manos como amenazándole.) ¡Hombre... ya me está usted cargando con ese movimiento!
- QUIN. (Echando atrás la silla.) Pero, señora, ¡por Dios!... (Se pasa la mano por la nuca.)
- JUANA (Avanzando la silla hasta quedar á su vez debajo de la lámpara.) ¡Mire usted, señor Banderas, que yo tengo muy malas pulgas! ¡Mire usted que hasta dicen por ahí si estoy ó no estoy local! (Limpiándose la cabeza con el pañuelo de la mano.) ¡Conque á hablar clarito ó nos van á oír los sordos! (Alzando la voz.)
- QUIN. (Aparte.) ¡Vaya un apuro! (Alto, llevándola hacia la lateral izquierda, al mismo tiempo que mira hacia lateral derecha.) Vengā usted acá.
- JUANA (Siguiéndole sorprendida.) ¿No dice usted que estamos solos?
- QUIN. No importa.
- JUANA Diga usted.
- QUIN. (Bajando la voz.) Pues bien; don Eduardo López ha tomado efectivamente este piso.
- JUANA ¿Para qué?
- QUIN. Según me ha dicho, para recibir á su familia, que llegará hoy de fuera.
- JUANA ¿Qué familia?
- QUIN. Su tío, su tía y su prima que es...
- JUANA (Interrumpiendo.) Sí; ya sé lo que es; adelante.
- QUIN. Bueno; pues tomarán aquí chocolate y luego se marcharán en el tren de...
- JUANA ¿Se marcharán?. (Con calor.) ¿Y le parece á usted que alquila nadie un cuarto par dar chocolate á su familia?
- QUIN. Pero si no me deja usted...
- JUANA (Lanzando una carcajada sarcástica.) ¡Já, já, já! ¡La familia! ¡Já, já, já! (En este momento se oye lateral derecha un mayido ronco y prolongado.)
- QUIN. (Aparte.) ¡Chispitinas! (Alto y con risa forzada.) ¡Já, já, já! (Se oye un vagido de la niña, ahogado inmediatamente como si la hubieran tapado la boca. Don Quintín redobla su carcajada, haciéndola más

- forzada aún, para que Juana no pueda oír.) ¡Já, ja!
¡La familia! ¡Já, já, já!
- JUANA (Mirando asustada a don Quintín.) ¡Ay, Dios mío!
- QUIN. (Dejando de reír.) ¿Qué? (Mira inquieto á la lateral derecha, cuyo juego repite en el resto de la escena.)
- JUANA ¡Que está usted más loco que yo!
- QUIN. (Procurando sonreír, y con frases entrecortadas.) No... sí... si es que me ha hecho gracia... (Transición: muy grave.) Señora, me va usted á hacer el favor de marcharse.
- JUANA (Con retintín.) ¡Quiá!... Si aquí hay gato encerrado...
- QUIN. (Aparte.) Pues por eso. (Alto. Abriendo los brazos y fingiéndose muy incomodado.) ¡Vaya! Pues haga usted lo que yo tengo que hacer. Póngame usted el chocolate. (Señalando la mesa.) Prepáreme usted la mesa... Límpieme usted...
- JUANA (sonriendo.) ¡Ah! ¿Con que está usted encargado?... (Transición.) Mire usted... tendría gracia que hicieran estas manos el desayuno para... (Quedándose suspensa y como asaltada por una idea repentina.) En fin, vamos allá. (Da una vuelta rápida y se dirige á la cocina.)
- QUIN. (siguiéndola muy satisfecho.) Perfectamente... y así me explicará usted... (Aparte y mirando á lateral derecha cuando Juana va á entrar en la cocina.) A ver si puede salir. (En este momento se oye otro mayido. Don Quintín da un empujón á Juana y se precipita con ella dentro de la cocina, cerrando la puerta. Queda la escena sola. A un nuevo mayido del gato sigue el llanto de la niña.)
- QUIN. (Abriendo la puerta de la cocina y en voz alta dirigiéndose al interior.) ¿Una onza dice usted? (Antes que conteste Juana y al oír el ruido de la lateral derecha cierra precipitadamente la puerta de la cocina, quedándose en escena.) ¡Jesucristo! ¿Qué pasa ahí? (Echa á correr á lateral derecha y habla en voz baja.) ¡Nicolas! ¡Demonio! ¡Di á ese gato que calle! (Echa á correr hacia el aparador, abre apresuradamente un cajón y saca media libra de chocolate. Mirando á lateral derecha y muy apurado.) ¿Pero qué hará ese animal?
- JUANA (Desde dentro.) ¿Viene eso?
- QUIN. (En voz muy alta dando un mordisco en el chocolate.)

¡Va! (Se entra apresuradamente en la cocina, volviendo á cerrar la puerta. Sigue en lateral derecha la lucha, que será breve. A los mayidos y llanto de la niña se unen ahora fuertes golpes: después cesan los golpes y los mayidos; después el llanto de la niña y queda la escena en silencio. Breves instantes después aparece Juana.)

JUANA (Por el foro izquierda, seguida de don Quintín que intenta detenerla.) ¡Qué no sea usted cargante, hombre!... Se arrima antes de servirlo, y ná más. (Don Quintín, sin acertar á contestarla, mira muy inquieto á lateral derecha.) Bueno; y ahora va usted á esconderme.

QUIN. (Aparte.) ¡Anda, salero! (Alto.) ¿Para qué?

JUANA Pues ni más ni menos que para conocer á las damiselas.

QUIN. ¡Pero si no vienen ya! Ha ido la portera al café del Brillante á avisarlas.

JUANA (Interrumpiendo con ansiedad.) ¿De veras?

QUIN. Mi palabra

JUANA (Cada vez más alterada.) ¿Y hace mucho?

QUIN. Ahora mismo. .

JUANA (Con sonrisa feroz y poniéndose en jarras.) ¡Uy, señor Pendones, si cojo á esas banderas... (Movimiento de don Quintín.) digo, ¡uy señor Banderas, si cojo á...

QUIN. (Interrumpiendo con viveza.) ¡Pues no pierda usted el tiempo!...

JUANA ¡Quiá! (Dando media vuelta y dirigiéndose hacia el foro derecha, al mismo tiempo que se anuda el pañuelo de la cabeza y recoge el mantón medio caído.)

¡Abur! (Volviéndose cuando ya va á ir, seguida de don Quintín, y señalando la puerta foro derecha.)

¿Voy bien?

QUIN. ¡Divinamente!... Calle de la Montera, ¿eh?

JUANA (Volviendo la cabeza desde el dintel, con la misma sonrisa feroz.) ¡Montera, sí, Montera! Beso á usted la suya. (Vase rápidamente.)

ESCENA XI

DON QUINTIN, luego NICOLÁS

- QUIN. (Después de hacer un saludo á Juana y de cerciorarse desde la puerta de que se ha marchado.) ¡Anda bendita de Dios! (viniendo al proscenio.) ¡Y anda qué madejita se va enredando! (Dirigiéndose á lateral derecha.) Vamos ahora con éste. (Abriendo la puerta.) Sal, que ya se ha ido. (Apenas pronuncia estas palabras, retrocede asustado, al mismo tiempo que sale Nicolás. Aparece éste con un gran desorden en el traje, el cabello descompuesto, grandes arañazos en la cara y en ambas manos, trayendo con la derecha, cogido del pescuezo, un hermoso gato negro, muerto.)
- QUIN. (Con ansiedad.) ¡Y la niña!
- NIC. (Con voz cavernosa y pasándose la mano izquierda por la frente, como para limpiarse el sudor.) ¡Vive y duerme! (Acto continuo se dirige con el gato muerto al foro izquierda, dando grandes pasos.)
- QUIN. ¡Loado sea Dios! (Volviéndose hacia Nicolás, que ya está cerca de la cocina.) Pero dime...
- NIC. (Llegando á la puerta de la cocina, tirando el gato dentro y volviéndose hacia don Quintín.) ¿Qué?
- QUIN. ¿Qué ha sido eso?
- NIC. (Con solemnidad.) ¡Ni al vergugo se le ocurre bañar á un cristiano en legía y encerrarle después con un gato rabioso y una niña de pecho!
- QUIN. ¿De modo que ha habido lucha?
- NIC. (Volviendo á pasarse la mano por la frente.) ¡No me lo recuerde usted!
- QUIN. ¡Lástima de animal!
- NIC. ¿Ha oído algo esa señora?
- QUIN. Nada.
- NIC. ¿Cómo la ha echado usted?
- QUIN. (Muy satisfecho.) Con un recurso ingeniosísimo.
- NIC. ¿Cuál?
- QUIN. La he mandado al café del Brillante.
- NIC. (Dando un respingo y llevándose las manos á la cabeza.) ¡Misericordia divina! (Furioso á don Quintín.)

tin.) Pero, ¿está usted tocando el violón, tío lila?

QUIN. (Irguiéndose con dignidad y dándose dos tirones del chaleco.) ¡Oiga usted, mocito!

NIC. ¿Qué?

QUIN. ¡Que olvida usted las distancias!

NIC. (Conteniéndose con trabajo.) ¡Voto á!...

QUIN. (Con más energía.) ¡Sí, señor! ¡Que aunque me ve usted así, me han envuelto en muy buenos pañales, con criados más decentes que usted!

NIC. Y á mí, ¿qué me cuenta usted?

QUIN. (Más y más amenazador, mientras Nicolás hace esfuerzos para reprimirse.) ¡Pues se lo contaré á su señorito! ¡Por de pronto, yo levanto mano en todo esto! (Transición.) Es decir, vendré á tomar chocolate, porque estoy en ayunas; (Cogiendo el llavín de sobre el aparador, y volviendo á gritar.) ¡pero en lo demás, repito que levanto mano!

NIC. (Apretando los puños) ¡Don Quintín!

QUIN. ¡Don Narices! (Echándose hacia atrás con arrogancia, tendiendo el brazo derecho y marcando los objetos que va nombrando.) ¡Ahí tiene usted la mesa! ¡Allí las ensaimadas! ¡Acullá la vagilla sin fregar! ¡Cumpla usted con su deber, so trastol! (Vase con mucha dignidad por el foro derecha.)

ESCENA XII

NICOLÁS, luego EDUARDO

NIC. (Haciendo ademán de lanzarse detrás de don Quintín con los puños cerrados.) ¡Vegesto...! (Transición, conteniéndose de pronto y viniendo al escenario.) ¡Detente, Abraham! ¡Detente, Nicolasi-to, que tú te lo has buscado! (Breve pausa.) ¡Y decía ese que era tan sencillito... (Pasándose las manos por la cara.) ¡Ufl Me arden la cara y las manos... (Mirándose los arañazos de éstas.) ¡Parezco un patrón de modas! ¡Y Juana en el café! (Campanillazo.) ¡Aprieta! ¿Si será ella? (Dirigiéndose foro derecha y retrocediendo de pronto.)

- ¡Yo no abro! (Segundo campanillazo.) ¡Ella es!
(Se acerca de puntillas al foro derecha en actitud de escuchar.)
- EDUAR. (Desde dentro y dando golpes en la puerta.) ¡Don Quintín! ¡Nicolás!
- NIC. ¡Eduardo! (En voz muy alta.) ¡Voy! (Sale precipitadamente por el foro derecha, y vuelve en seguida con Eduardo, que viene muy agitado.)
- EDUAR. (A Nicolás, que entra detrás de él.) ¡Bajando del ómnibus se quedan! (De pronto y mirando en torno.) Pero, ¿qué es esto? ¿No habéis hecho nada?
- NIC. Yo no sabía...
- EDUAR. (Interrumpiendo con viveza.) ¿Y don Quintín?
- NIC. Se ha ido enfadado.
- EDUAR. (Dando una patada furioso.) ¡Voto al demonio! ¡Y ya subirán! (Corriendo á la mesa.) ¡Coge de ahí! (Entre los dos colocan rápidamente la mesa en el centro del escenario, debajo de la lámpara.) ¡La silla rota! (Mientras Nicolás coge la silla rota por el respaldo, Eduardo se apodera del plumero que traía don Quintín, se lo echa al hombro, ve la puerta de lateral derecha, que está abierta, corre á cerrarla y vuelve tras de Nicolás, que se dirige á la cocina, arrastrando la silla.)
- NIC. (Parándose de pronto y volviéndose á Eduardo.) ¡Ah! Ha estado aquí Juana.
- EDUAR. (Mirando á Nicolás) Y es verdad, ya te veo las caricias.
- NIC. ¡Cá! Luego te contaré... (Señalando lateral derecha.) Y tenemos en el cuarto... (Se oyen voces confusas por el foro derecha.)
- EDUAR. ¡Ya están ahí! (Entrega el plumero á Nicolás, que se precipita en la cocina, arrastrando la silla con una mano y llevando el plumero en la otra; se le atraviesa el plumero en la puerta y se ve obligado á retroceder para introducirle de punta, desapareciendo por fin con ambos objetos. Mientras tanto, Eduardo corre al foro derecha gritando.) ¡Adelante, tío Hipólito! ¡Por aquí! ¡Pasen ustedes!

ESCENA XIII

EDUARDO, DON HIPÓLITO, DOÑA DOMINGA, IRENE. Luego NICOLÁS. Las dos señoras de sombrero; el de doña Dominga bastante pasado de moda: traen cajas, mantas de viaje, etc. Don Hipólito, de americana y sombrero de alas anchas tirado atrás: al hombro, unas alforjas con muchos envoltorios, que abultan extraordinariamente, entre ellos un queso. En la mano una jaula con un canario. Irene da indicios de hallarse algo indispuesta

HIP. (Riendo muy satisfecho.) ¡Bien, hombre, muy bien! ¡Ya hemos llegado! (Se dirige hacia la lateral izquierda.)

EDUAR. Sí, señor... (Trayendo apresuradamente dos sillas al proscenio, entre la mesa y la lateral derecha) Aquí, tía; siéntese usted.

DOM. (Resoplando.) ¡Qué escaleral!

EDUAR. (Cogiendo los objetos que trae doña Dominga.) Como hay primero... Traiga usted. (Los deja sobre la mesa. A Irene.) Siéntate tú también.

IRENE (Quejándose.) ¡Qué fastidio!

EDUAR. ¿No se pasa?

IRENE (Sentándose en la silla inmediata á la mesa, apoyando el codo en ésta y la mejilla en la mano.) No.

HIP. Eso es aprensión. (Suelta la jaula en el suelo.)

DOM. Y el cansancio del viaje... Ahora te aliviarás. (Se sienta á la derecha de Irene, dejando entre las dos espacio para otra silla.)

EDUAR. (Cogiendo una bolsa de viaje que tiene Irene en la mano derecha y colocandola sobre la mesa.) Venga.

DOM. (Volviéndose hacia Hipólito, al observar que ha soltado la jaula en el suelo y se dispone á soltar también las alforjas.) ¡Hipo!

HIP. ¿Qué?

DOM. No dejes al Pilili en el suelo.

HIP. (volviendo á coger la jaula.) ¿Y dónde le pongo?

DOM. En alto. (Don Hipólito mira al techo.)

EDUAR. (Corriendo á coger la jaula de manos de don Hipólito.) Traiga usted, tío. (La lleva al aparador, mientras don Hipólito suelta las alforjas en el suelo.)

DOM. (A Irene, quitándose el sombrero.) ¿No te quitas el sombrero?

- IRENE Sí, señora. (Se le quita y coge el de su madre, dejando ambos sobre la mesa.)
- EDUAR. (Viniendo con una silla en la mano, sentándose entre doña Dominga é Irene y manifestando gran satisfacción.) ¡Ea! Ya las tengo á ustedes á mi lado... ¡Cuánto lo deseaba!
- IRENE (Sonriendo con aire de duda.) ¿Quién sabe?
- DOM. (Mientras Eduardo hace un gesto de protesta.) Ahora nos va á dar una prueba.
- EDUAR. (Inquieto.) ¿Cuál?
- DOM. Veremos ese nido, que, según decías en tus cartas, la has preparado con tanto interés.
- EDUAR. Ya lo creo que le verán ustedes... es decir, ahora no; al volver de Sigüenza... Como dije á usted en la estación, sólo he mudado lo más preciso?
- IRENE ¿Conque la escarlatina se extendió tanto en la otra casa.
- EDUAR. ¡De un modo horrible! No respetó sexo ni edad .. ¡hasta el casero!...
- HIP. (Forcejeando para sacar el queso de las alforjas.) Como las cabras cuando tuvieron el bazo.
- DOM. ¿Qué haces, Hipo?
- HIP. Que no puedo sacar el queso.
- EDUAR. (Levantándose y haciendo ademán de ir en auxilio de su tío.) Espere usted.
- DOM. (Deteniéndole.) Quitá, que te vas á llenar de aceite.
- EDUAR. Le puede ayudar si no el chico. (Llamando.) ¡Nicolás!
- DOM. ¡Ah! ¿Está ahí el criado? (Don Hipólito sigue forcejeando para sacar el queso.)
- EDUAR. Sí, señora. (Volviendo á llamar.) ¡Nicolás!
- NIC. (Aparece por el foro izquierda, remangado y con las manos mojaças.) Buenos días. (Todos contestan, mientras él dirige miradas inquietas á la lateral derecha.)
- EDUAR. ¿Qué haces?
- NIC. Acabando de fregar la ..
- EDUAR. Bueno; pues ayuda ahora á mi tío.. (Nicolás se dirige hacia don Hipólito y Eduardo se vuelve á sentar.)
- HIP. Sí; echa una mano.
- DOM. (Alarmada, á Eduardo, después de observar á Nicolás.) ¡Este muchacho ha tenido la escarlatina!

- IRENE (Alarmada también.) ¡Ay! ¡Jesús!
- EDUAR. Sí; pero no háy miedo... ha pasado ya el período de contagio.
- NIC. (Con el queso que entre don Hipólito y él acaban de sacar de las alforjas.) ¿Dónde pongo esto, señorito?
- EDUAR. En la despensa, y vé preparando todo.
- NIC. Está bien. (Se dirige hacia el foro izquierda. Don Hipólito le sigue, cogiendo el canario al pasar junto al aparador.)
- DOM. (A don Hipólito.) ¿Dónde vas, Hipo?
- HIP. A mudar el agua al canario. (Vanse Nicolás y don Hipólito por el foro izquierda.)
- DOM. (A Eduardo.) ¿Hay buena ventana en la cocina?
- EDUAR. Sí, señora.
- DOM. ¿Podrá sacar el Pili al sol?
- EDUAR. Ya lo creo.
- IRENE (A Eduardo.) A ver si le cuidas, mientras estamos en Sigüenza. (Cuando Eduardo se dispone á contestar, aparecen simultáneamente don Quintín por el foro derecha y don Hipólito por el foro izquierda.)

ESCENA XIV

DICHOS, DON QUINTÍN y DON HIPÓLITO

- QUIN. (Muy compuesto y muy ridículo, con una gran corbata y la cabeza descubierta: en una mano el llavín. Hace un profundo saludo desde la puerta.) Señoras... caballeros... (Suelta el llavín sobre el aparador. Don Hipólito viene hacia el proscenio izquierda.)
- EDUAR. (Trayendo á don Quintín al proscenio, á la izquierda de la mesa.) Adelante, don Quintín... Venga usted... (Presentándole.) Mi vecino y amigo don Quintín. (Don Quintín hace otro saludo, que todos contestan.)
- QUIN. Servidor (1). (Aparte.) Parecen efectivamente de pueblo.

(1) Doña Dominga.—Irene.—Don Quintín.—Eduardo.—Don Hipólito.

- EDUAR. (Presentando á los viajeros.) Mi familia de El Recodo, de la que tanto me ha oído usted hablar.
- QUIN. ¡Ah! Sí... Tengo el mayor gusto... (Vuelve á saludar á izquierda y derecha.)
- DOM. Nosotras también...
- HIP. Igualmente.
- DOM. Pero no continúe usted de pie.
- QUIN. Mil gracias. (Eduardo y don Quintín corren á un tiempo á buscar una silla al foro: la cogen también á un tiempo y entre los dos la traen á la izquierda de la mesa, haciendo muchos cumplidos. Don Quintín se sienta.)
- HIP. (A Eduardo.) Oye un momento, Eduardo. (Eduardo va al lado de don Hipólito y hablan en voz baja durante el diálogo que sigue.)
- DOM. (A don Quintín, después de una brevísima pausa.) ¿Con que es usted vecino de Eduardo?
- QUIN. Sí, señora. (Señalando el techo con el índice.) Aquí encima me tienen ustedes á su disposición.
- DOM. Gracias. (Irene hace una inclinación de cabeza.)
- QUIN. Ocupo un quinto piso (Con afectación.) de los que vulgarmente llaman sotabancos.
- IRENE ¿Con mucha familia?
- QUIN. Con muchas escaleras, pero solo.
- DOM. Muy bien.
- QUIN. (Sonriendo maliciosamente.) Y ¿ustedes son dos amiguitas, tal vez?
- IRENE (Muy sorprendida.) No, señor.
- DOM. (Ídem.) Pero ¿no acaba usted de oír á Eduardo? Es mi hija.
- QUIN. (Tratando de rectificar.) ¡Ay! Es verdad... dispense usted... su hija... sí... (Moviéndose en la silla para disimular su turbación.) Efectivamente... se nota un aire...
- DOM. (Mirando en torno.) Alguna puerta malcerrada...
- QUIN. No; si digo un aire de familia...
- DOM. ¡Ah!
- QUIN. (Sonriendo.) ¡Jé, jé!... (serio.) ¡Y es bellisimal
- IRENE (Atusándose el pelo.) Es favor. (Don Hipólito y Eduardo siguen sosteniendo de pie una animada conversación; el primero enseña al segundo algunos papeles que figuran fes de bautismo, etc.)

- QUIN. Brillará, de seguro, en El Doblete.
IRENE ¿Dónde?
QUIN. En el pueblo.
DOM. ¡Ah! En El Recodo.
QUIN. Eso es, sí... confundía yo... (Transición.) ¿Y el viaje ha sido afortunado?
DOM. Sí, señor. Hemos venido en un coche celular, de escs nuevos.
QUIN. Perfectamente.
DOM. Esta ha dormido muy bien.
IRENE Algún rato.
DOM. Yo, nada; no puedo pegar los ojos en los trenes: así es que he venido todo el viaje charlando con Hipo.
QUIN. ¡Qué cosa más incómoda!
DOM. (Transición y levantándose.) Pero, con permiso de usted... ¡Eduardo! (Don Quintín también se levanta.)
EDUAR. ¿Qué quiere usted?
DOM. Que tenemos las horas contadas.
QUIN. (Aparte.) ¡Chispitinas!
EDUAR. (Haciendo que va á la cocina.) Sí; voy á pedir el desayuno.
DOM. (Deteniéndole con un ademán.) No... Vamos á ver antes la casa... (A Irene.) Ven. (Irene se levanta.)
EDUAR. (Con resignación.) Como usted guste... ¿Por dónde quiere usted que empecemos?
DOM. Por donde te parezca.
EDUAR. Entonces por donde estamos. Este es el comedor... Ya lo habrá usted comprendido.
DOM. (Avanzando hacia la izquierda, seguida de Irene, y cruzando por delante de don Quintín, que echa á andar detrás de ellos.) Tienes aquí sillas de todas las habitaciones.
EDUAR. (Sonriendo con aire de suficiencia.) No, señora... Es el gusto moderno... la mezcla de estilos... (Designando sillas y sillones.) Vea usted: estilo Luis XIII, Luis XIV, Luis XV, Luis XVI... (Don Hipólito sonríe embobado.)
QUIN. (Aparte.) Luis Candelas, ó los bandidos de Madrid.
DOM. ¡Ah!
EDUAR. (Continuando la enumeración.) El aparador es bizantino... estos sillones del Renacimiento... la lámpara de Sajonia...

- QUIN. (Afirmando y llevándose la mano á la nuca.) De Sagonia Coburgo Gotha.
- HIP. ¡Y qué estropeado está todo!
- EDUAR. En eso consiste su mérito.
- IRENE (Acomándose foro izquierda, sin entrar.) La cocina. (Doña Dominga se aproxima también.)
- EDUAR. Sí.
- IRENE (Con sorpresa á Eduardo) ¡Y tienes gato! (Don Quintín hace un movimiento.)
- DOM. ¡Qué mansito debe ser! No se mueve.
- EDUAR. Mucho.
- IRENE (Llamando al gato.) ¡Mis... mis... mis!...
- QUIN. (Interrumpiéndola vivamente.) Déjele usted, que es muy pesado.
- DOM. (Volviéndose hacia el proscenio.) Bien... ¿y lo exterior?
- QUIN. (Señalando apresuradamente lateral izquierda.) Por ahí
- EDUAR. (Dirigiéndose lateral izquierda.) Iré delante, para guiar.
- DOM. Anda. (Vase por lateral izquierda Eduardo, seguido de Doña Dominga é Irene.)

ESCENA XV

DON QUINTÍN, DON HIPÓLITO. Luego NICOLÁS y EDUARDO.

- HIP. (Invitando á don Quintín á que pase detrás de la familia.) Pase usted.
- QUIN. De ningún modo... usted. (Insisten con pesadez ambos.)
- HIP. Si es que yo me quedo aquí.
- QUIN. Y yo también.
- HIP. Entonces no pasamos ninguno.
- QUIN. Para quedarnos, me parece lo mejor.
- HIP. (Trayendo á don Quintín al proscenio.) ¿A que no sabe usted por qué me quedo?
- QUIN. Usted dirá.
- HIP. (Con fruición.) Porque he oído que nos van á dar chocolate, y traigo una especie de tortas que hacen en El Recodo...
- QUIN. ¡Hombre, hombre! (Frotándose las manos.) Eso ya me interesa.

- HIP. ¡Cosa superior! (Dirigiéndose á las alforjas.) Las debo traer en las alforjas; pero no las he podido encontrar antes... (Se pone en cuclillas á registrar las alforjas.)
- QUIN. ¿Quiere usted que le ayude á buscarlas?
- HIP. Con mil amores. (Se pone don Quinín también en cuclillas, y en esta postura, examinando paquetes, sostienen el diálogo que sigue, durante el cual Nicolás desocupa la mesa de los objetos que contiene y va colocando con furia y dando fuertes golpes al soltarlos: cinco jicaras con sus platillos, cinco servilletas y cinco copas para agua, todo lo cual trae de la cocina con una bandeja. Luego trae las dos bandejas que preparó la señora Ignacia, colocándolas sobre la mesa, «de modo que no queden debajo de la lámpara». En todas estas operaciones manifestará con una mímica adecuada, que se ojea al talento del actor, su disgusto, su inquietud por la niña que está en el cuarto y su torpeza para la operación que está ejecutando)
- QUIN. (Aparte.) Vamos á explorar el campo. (Alto á don Hipólito.) Y hablando de todo un poco... (Con intención.) ¿Ustedes vienen realmente del pueblo?
- HIP. De allí salimos anoche... La masa la preparan con harina de flor.
- QUIN. ¿Qué?
- HIP. Digo de las tortas.
- QUIN. ¡Ah! Sí. (Con intención más marcada.) ¿Usted no conoce el café del Brillante?
- HIP. No, señor... Luego las echan bastante azúcar y un polvo de canela.
- QUIN. ¡Soberbio!... ¿De modo que esas señoras son su hija y su esposa?...
- HIP. Sí, señor... ¡Ya verá usted qué ricas están!
- QUIN. Lo creo.
- HIP. (De pronto, al descubrir un envoltorio y con aire de triunfo.) ¡Aquí las tenemos!
- QUIN. (Soltando rápidamente el paquete que tenía en la mano, y cogiendo el papel de las tortas.) ¡Vengan! (Corre á colocarlas sobre las ensaimadas y los bollos, en cuyo momento aparece Eduardo precipitadamente por lateral izquierda)
- EDUAR. (Llamando hacia la cocina.) ¡Nicolás! ¡Nicolás!
- NIC. (Apareciendo en el dintel del foro izquierda.) ¿Qué manda usted?

- EDUAR. ¡El chocolate á escape! (Nicolás se vuelve á la cocina)
- QUIN. ¡Muy bien dicho!
- HIP. (Guardando apresuradamente en las alforjas los paquetes que hayan quedado fuera y que deben ser dos ó tres á lo sumo, para no entorpecer la acción.)
¿Qué ocurre?
- EDUAR. Que le ha dado un vahido á Irene.
- QUIN. ¡Chispitinas!
- HIP. ¿De qué?
- EDUAR. De necesidad sin duda... Dice la tía que no ha tomado nada en el camino. (Se entra precipitadamente por lateral izquierda.)
- HIP. (Entrando detrás de Eduardo.) Nada.
- QUIN. (Gritando, con la cabeza vuelta hacia la cocina, al mismo tiempo que se va precipitadamente detrás de don Hipólito.) ¡Chico, ese chocolate, volando!

ESCENA XVI

NICOLÁS, luego DOÑA DOMINGA, IRENE, EDUARDO, DON HIPÓLITO y DON QUINTÍN. Queda un momento la escena sola. En seguida aparece NICOLÁS muy apresurado, por foro izquierda, con la caterafe de la cola, y llena precipitadamente las jícaras, sosteniendo el mango de la brocha con la mano izquierda

- NIC. (Mientras llena.) A ver si lo toman de una vez y se largan. Estoy sobre ascuas. ¿Qué habrá ocurrido en el café?... ¡Si vuelve ahora!... porque de seguro vuelve... (Mirando lateral derecha.) ¡Y esa chiquilla ahí!... ¡Menos mal que está callada!... Como no se vayan pronto... ¡la apoteosis! (Llena la última jícara, y con la misma precipitación lleva la cafetera sobre el aparador y corre á la lateral izquierda.) ¡Avisemos! (En el momento en que va á entrar, aparecen Eduardo á la izquierda de Irene, dándole el brazo; á la derecha de Irene doña Dominga y detrás don Hipólito y don Quintín. Nicolás retrocede y se coloca al foro, delante del aparador, en actitud respetuosa, ocultando sin afectación la cafetera con su cuerpo.)
- EDUAR. (A Nicolás.) ¿Está?
- NIC. Sí, señor.

- DOM. (A Irene.) Vamos, esto no ha sido nada.
- IRENE (Con languidez.) ¡Ay! ¡Sí! ¡Bailaba la habitación y parecía que se iban los muebles!
- EDUAR. (Aparte.) A la prendería. (Alto á Irene.) Si en dejando los hipofosfitos...
- QUIN. (Cogiendo una silla y avanzando hacia la mesa, por la izquierda de Eduardo.) ¡Magras con tomate!
- HIP. (Cogiendo otra silla y siguiendo á don Quintín.) ¡Esa es la mía! (Nicolás aproxima dos sillas á la mesa, mientras don Quintín ofrece la suya á Irene, y vuelve junto al aparador. Eduardo ofrece á don Quintín una de las dos sillas que ha traído Nicolás, ocupando él la otra. Doña Dominga se sienta en la que anteriormente ocupaba Irene: don Hipólito cruza por delante de la mesa y va á sentarse al lado de doña Dominga.) (1)
- QUIN. (A Irene.) Para usted.
- IRENE Gracias.
- DOM. (A Eduardo.) Tú aquí.
- HIP. (A doña Dominga.) Yo aquí. (Cruzan los personajes otras frases insignificantes, hasta quedar sentados en el orden que expresa la precedente llamada. Desdoblan las servilletas y empiezan á coger ensaimadas y tortas, ofreciendo los caballeros á las señoras durante el diálogo que sigue.)
- EDUAR. (Cogiendo una torta.) ¿Tortas de El Recodo?
- HIP. Y de las buenas. Si el chocolate corresponde... (Doña Dominga examina su vaso y el de Irene, y los limpia con la servilleta.)
- QUIN. (Muy satisfecho.) He sido yo el cocinero.
- DOM. ¿Sí?
- QUIN. Sí, señora.
- HIP. (Oliendo su jícara.) Pues no me huele muy bien.
- DOM. (Burlándose de don Quintín.) Se habrá pegado. Los hombres no sirven ustedes para...
- QUIN. (Alarmado.) ¿Pegado? ¿A ver? (Se lleva la jícara á la boca precipitadamente, da un gran sorbo y acto continuo la retira, la suelta sobre el platillo y se queda con los ojos fijos y extraordinariamente abiertos, haciendo angustiosos esfuerzos para deglutir. Todos le miran sorprendidos. A las preguntas que siguen con-

(1) Don Hipólito, doña Dominga, Irene, Eduardo y don Quintín

- testa con ademanes desesperados, dando á entender que no puede hablar.)
- EDUAR. ¿Qué es eso?
IRENE ¡Ay!
HIP. ¿Quema? } Rapidísimo.
DOM. ¡Se ha atragantado!
QUIN. (Con la boca abierta.) ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ah!... (Todos, menos don Quintín, se ponen de pie. Don Hipólito, pasando precipitadamente por delante de la mesa, se coloca á la izquierda de don Quintín.)
- HIP. (Dando golpecitos en la espalda de don Quintín.) ¿Le ha entrado á usted por mala parte? (Don Quintín hace signos negativos con la cabeza.)
- EDUAR. ¿Pero qué le sucede á usted?
QUIN. (Rompiendo á hablar con voz muy pastosa.) ¡Que no es chocolate! (Movimiento general de sorpresa.)
- EDUAR. ¿Cómo que no? (Volviéndose á Nicolás.) ¿Qué nos has dado aquí?
NIC. El chocolate que él mismo ha hecho. (Apartándose y señalando la cafetera de la cola sobre el aparador.) Véalo usted (Todos vuelven la vista hacia la cafetera.)
- QUIN. (Poniéndose de pie algo encogido, volviéndose también y lanzando una exclamación al ver la cafetera.) ¡Jesucristo! (Se deja caer sobre la silla oprimiéndose el estómago con ambas manos.) ¡Mi cola!
- HIP. (Muy sorprendido.) ¿Qué?
DOM. (Estupefacta.) ¿Qué dice este hombre?
EDUAR. (Suspenso también al pronto, y dándose luego una palmada en la frente.) ¡Cola de carpintero! (Movimiento de Nicolás, que examina la cafetera con sorpresa.)
- HIP. ¡Atiza!
IRENE ¡Uy!
DOM. ¡Dios mío! } (Rapidísimo.)
(Don Quintín continúa encogido en la silla, suspirando y oprimiéndose el estómago.)
- HIP. ¿Y qué hacemos?
EDUAR. (Con autoridad.) ¡Nada! (Todos se vuelven hacia Eduardo. Don Quintín gira un poco la silla para mirarle también.)
- QUIN. (Con ansiedad.) ¿Nada, don Eduardo?
EDUAR. No, señor.
QUIN. Pero mire usted que he tragado...

- EDUAR. (Interrumpiéndole.) Una gelatina un poco fuerte: ni más, ni menos. Usted la digerirá.
- QUIN (Girando otra vez en la silla de frente al público y volviendo a suspirar tristemente.) ¡Dios lo haga!
- EDUAR. La ciencia lo dice. (Volviéndose con severidad á Nicolás y designándole las jícaras.) ¡Y usted llévase ese potingue y traiga el chocolate verdadero!
- NIC. ¿Y dónde está?
- QUIN. (Con voz dolorida.) ¡Allí, hombre! Un poco apartado del fuego. (Dando otro suspiro.) ¡Ay! (Nicolás corre á coger la bandeja en que trajo las jícaras y empieza á colocarlas en ella.)
- HIP. (Mirando indignado á Nicolás, mientras coloca las jícaras.) ¡Cuidado que se necesita ser burro para equivocarse así!
- DOM. ¡Yo no me fío ya de este bárbaro! (Nicolás hace ademanes de resignación, mirando alternativamente á los interlocutores.)
- IRENE Ni yo.
- DOM. Me voy á la cocina con él.
- EDUAR. Sí, tía; haga usted el favor.
- DOM. (Poniendo en la bandeja la última jícara.) ¡Anda, torpe, anda! (Vanse por el foro izquierda. Al pasar junto al aparador doña Dominga, coge y se lleva la cafetera de la cola.)

ESCENA XVII

DICHOS, menos DOÑA DOMINGA y NICOLAS

- IRENE (A media voz, haciendo una seña á Eduardo para que vaya junto á ella.) Oye. (Eduardo va al lado de Irene. Don Hipólito, al ver la seña, pasa por detrás de Don Quintín, que sigue inmóvil y triste, y se coloca al lado de Eduardo, alejándose todos un poco hacia la lateral derecha (1).)
- EDUAR. ¿Qué? (A Irene.)
- IRENE (Siempre á media voz.) ¿De verdad no hay cuidado?

(1) Irene.—Eduardo y don Hipólito de pie agrupados.—Don Quintín sentado.

- EDUAR. (Idem.) Ninguno.
HIP. (Idem.) Cuando tú lo aseguras...
EDUAR. (Idem.) ¿Les parece á ustedes que, si tuviera algún recelo, iba á consentir que adquiriera una enfermedad este pobre hombre, sólo como se encuentra, y, como él dice, con la pícara retención?
HIP. (Idem.) ¿Retención? Pues anda, que...
IRENE (Siempre á media voz.) ¡Desgraciado!
HIP. (Idem.) De todos modos no le conviene... (Alto, volviéndose á don Quintín.) Oiga usted, don Quintín.
QUIN. (Volviendo la cabeza.) Mande usted.
HIP. Que cambie usted de postura.
QUIN. ¿Por qué?
HIP. Porque se va usted á encolar así, y luego... (Interrumpe la entrada de doña Dominga y Nicolás, á la vez que todos se ríen.)
QUIN. (Enderezándose vivamente.) No lo tomen ustedes á broma.

ESCENA XVIII

DICHOS, DOÑA DOMINGA y NICOLAS por el foro izquierda. Nicolás trae en la bandeja cinco jícaras llenas que coloca sobre la mesa.

- DOM. ¡Ea!... ya está aquí.
EDUAR. (Riendo.) Pero, ¿el auténtico?
DOM. Le he probado yo misma.
EDUAR. Pues ¡hala! (Se colocan todos en sus puestos anteriores.)
HIP. Vamos, don Quintín, un clavo saca otro clavo.
QUIN. (Apartando la silla.) No; muchas gracias.
DOM. Dadle una torta á ver si se anima. (Don Hipólito y Eduardo hacen ademán de coger una torta.)
QUIN. (Rechazándola con la mano.) Que no...
EDUAR. (A Nicolás.) Sirve agua. (Momento de silencio. Toman chocolate.)
QUIN. (Aparte.) ¡Qué bien huele! (Campanillazo fuertísimo. Todos dan un salto.)
DOM. }
IRENE. } ¡Ay!

- HIP. ¡Qué barbaridad! (Al mismo tiempo que lanzan estas exclamaciones, Nicolás, que estaba sirviendo agua, da un respingo y la vierte sobre la mesa. Exclamaciones diversas.)
- EDUAR. (A Nicolás) Corre á ver quién es.
- NIC. (Indeciso á Eduardo.) ¿Y si fuese?...
- DOM. (Sorprendida.) ¿Quién?
- EDUAR. (Vivamente.) Nadie. (A Nicolás imperiosamente.) ¡Vaya usted á abrir! (Nicolás sale de mala gana por foro derecha, dejando la botella sobre el aparador)
- DOM. (A Eduardo.) El ómnibus para la otra estación.
- EDUAR. (Sacando el reloj.) Es temprano todavía.

ESCENA XIX

DICHOS y ANGEL, que entra impetuosamente por foro derecha, seguido de NICOLAS. Luego JUANA

- ANG. (Con grande angustia, sin poder respirar apenas, y mirando á la mesa. Viene de americana y hongo, con el mismo gabán de la escena primera.) ¿Le han tomado ustedes?
- EDUAR. ¿El qué?
- ANGEL ¡El chocolate!
- EDUAR. Sí.
- ANGEL (Llevándose las manos á la cabeza.) ¡Maldición!
- HIP. ¿Qué pasa?
- ANGEL ¡Está envenenado! (Grito general. Todos, incluso don Quintín, se ponen de pie y corren al lado de Angel.)
- DOM. ¡Cielos!
- IRENE ¡Dios mío!
- HIP. ¡Misericordia!
- EDUAR. ¿Quién?...
- ANGEL ¡Juana! (Rápido, entrecortado y con la misma agitación.) ¡Fué al Brillante!... ¡No las encontré!... Ha ido entonces á la Universidad... y me ha dicho... (Trágico.) «¡No importa!... ¡Estoy vengada!... ¡He echado en el chocolate un vagón de cerillas!» (Nuevo grito general. Doña Dominga é Irene se sientan, medio desmayadas, dando sordos que-
- (Casi simultáneo.)

jidós. Don Hipólito va de un lado para otro, oprimiéndose el vientre y quejándose también. Nicolás sacude la mano, lanzando una exclamación. Don Quintín se aparta hacia el proscenio izquierda, dándose una palmada en la frente, lanzando otra exclamación.)

QUIN.

(Aparte.) ¡Cuando el gato!

EDUAR.

(Corriendo también por la escena con ademanes descompuestos.) ¡La infame!... La... la... (Encarándose furioso con Nicolás.) ¡Tú tienes la culpa!

NIC.

(Enfadado.) ¿Yo?

ANGEL

(Deteniendo á Eduardo por un brazo) ¡Cálmate!
¡Vamos á hacer algo!

DOM.

¡Sí, por Dios! (se pone de pie.)

IRENE

¡A la Casa de Socorro! (Idem.)

EDUAR.

¡No, á la botica!

HIP.

¡Pues corre!

ANGEL

¡Yo iré! ¿Qué traigo?

EDUAR.

Espera. (Saca rápidamente la cartera y escribe.)

HIP.

(A don Quintín.) ¡Ay, don Quintín! ¿Qué sucederá?...

QUIN.

Un vagón entre cinco... calcule usted... (Aparte, mientras don Hipólito se aleja de él lamentándose.) Para que se rían de la gelatina fuerte.

EDUAR.

(Entregando la receta á Angel.) ¡Toma!

ANGEL

(Marchándose rápidamente por foro derecha.) ¡No tardo un minuto! (Doña Dominga é Irene se vuelven á sentar.)

EDUAR.

(Furioso á Nicolás.) ¿Y quién la llevó á la cocina?

NIC.

(Señalando á don Quintín.) ¡Ese tío!

EDUAR.

(Yendo con los puños cerrados á don Quintín, que retrocede asustado.) ¡Le voy á romper á usted... (Interrumpe la entrada de Juana y Angel. Este con la receta en la mano, entra trompicando, merced á un empujón de Juana, que aparece detrás)

JUANA

¡Que entre usted, hombre! (Todos se vuelven hacia Juana. Nicolás, se mete rápidamente en la cocina.)

EDUAR.

¡Juana!

QUIN.

¡La loca!

IRENE

(Que se ha puesto de pie, retrocediendo asustada.)
¡Jesús!

DOM.

¡Ay, Dios mío! (Idem. Hipólito huye sin decir nada hacia la lateral derecha.)

JUANA (Apaciguando á todos con un ademán.) ¡Chist! ¡No hay que amontonarse! (Momentos de ansiedad, mientras Juana da dos pasos hacia el proscenio.) No he echado nada. (Movimiento general.)

EDUAR. ¿Cómo?
ANGEL ¿Qué?
HIP. ¿De veras?

(Casi simultáneo.)

JUANA (Con mucha firmeza.) ¡Que no, vámos! (Nicolás se asoma á la puerta de la cocina.)

QUIN. (Aparte, frotándose las manos muy satisf. cho.) Pues lo que es la jindama. .

EDUAR. (Interrogando á Juana con la mirada.) Y entonces...

JUANA Tuve intención de echarlos, lo confieso, porque si ustedes (A doña Domínga é Irene.) que ya me ha dicho este (Por Angel.) quienes son, no tienen culpa de nada, hay aquí... (Interrumpiéndose, buscando con la vista y reparando en Nicolás.) ¡Qué hermoso!... ¡Ahora ajustaremos cuentas! (Volviendo á dirigirse á doña Domínga.) Sí, señora, ese (Por Nicolás.) y otros que no andan muy lejos (Por Angel y Eduardo.) merecían todas las cerillas del gremio. Por eso tuve ya la caja (Marcando la acción.) á la boca de la chocolatera, pero el Señor me iluminó y, por librarme de tentaciones, la tiré en un puchero de cola que... (Interrumpe una exclamación general.)

QUIN. (Dando un respingo y un grito agudo.) ¡Ay de mí! (Todos corren á auxiliarle, excepto Angel y Juana, que se miran sorprendidos, sin explicarse el incidente. Don Quintín entre tanto, va tambaleándose á caer sobre una silla. Angel y Juana acuden entonces también.)

DOM. ¡Se ha privado!

EDUAR. (A Angel indicando la receta que aun conserva en la mano.) ¡Corre á traer eso!

JUANA (Corriendo á la cocina.) ¡Y vinagre!

NIC. (Al ver que Juana se dirige á la cocina, arrebatada la receta á Angel y escapa por foro derecha.) ¡Yo iré!

ESCENA XX

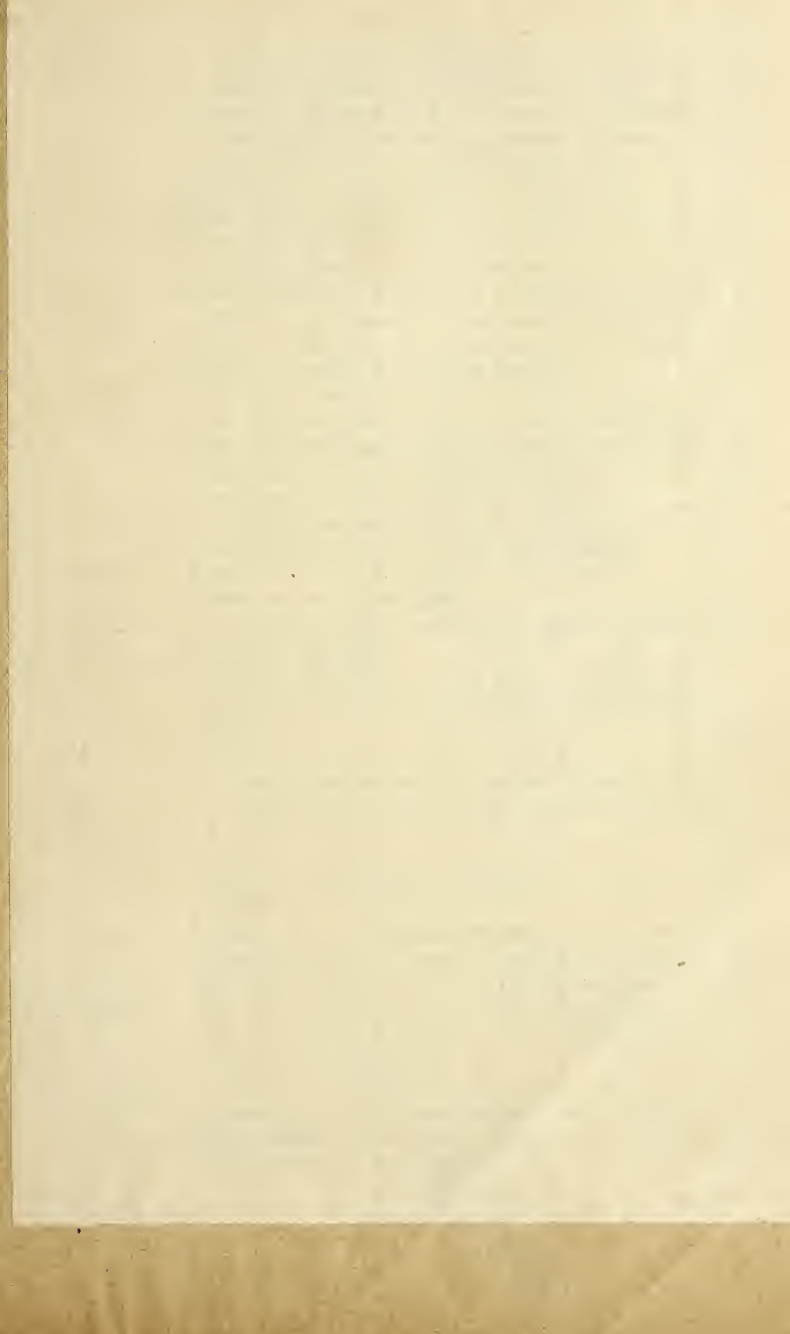
DICHOS menos NICOLÁS

- EDUAR. (Pulsando á don Quintín que no da señales de vida.)
¡Hay que echarle!
- DOM. (A Eduardo.) Si no has traído las camas...
- EDUAR. (Señalando lateral derecha.) Tengo ahí el catre del criado. (A don Hipólito y á Angel, invitándoles á que le ayuden.) VAMOS. (Entre Angel, Eduardo y don Hipólito llevan á don Quintín hacia lateral derecha, seguidos de doña Dominga é Irene. En este momento vuelve Juana de la cocina.)
- JUANA No encuentro el vinagre.
- DOM. (A Juana.) ¡Buena la ha hecho usted!
- JUANA Pero ¿qué le ha dado á este hombre?
- DOM. Que ha bebido la cola.
- JUANA (Con desgarró á doña Dominga.) ¡Señora! ¿Por quien me ha tomado usted á mí?
- ANG. (A Juana mientras va llevando á don Quintín.) ¡Sí, que la ha bebido por equivocación y él es el envenenado!
- JUANA (Santiguándose.) ¡Jesús, María y José!... ¿Conque se ha tragado?... (Vuelve á santiguarse, cada vez más asustada.)
- EDUAR. (Furioso a Juana.) Sí señora, sí; y déjese usted de exclamaciones y venga ese puchero maldecido, á ver cuántas cerillas tiene!
- JUANA ¡Voy al momento! (Corre á la cocina, sin dejar de santiguarse, pronunciando frases ininteligibles, mientras Angel, Eduardo y don Hipólito desaparecen con don Quintín por lateral derecha. Doña Dominga é Irene se quedan escuchando en la puerta.)

ESCENA XXI

DICHOS, LA SEÑORA IGNACIA y NICOLAS

- NIC. (Con la receta en la mano y arrastrado por la señora Ignacia, que le trae furiosa, cogido de un brazo.)
¡Suélteme usted!



- JUANA (Entregándole la caja, que examina rápidamente.)
¡Véalo usted mismo!
- QUIN. (Cerciorado de que está vacía.) ¡Gracias, señora!
¡Un millón de gracias!
- JUANA No las merece... y quítese usted el vicio de
comer esas porquerías.
- QUIN. (Protestando.) Quítese usted el vicio de echar-
las...
- JUANA (Sin contestarle, cogiendo á Nicolás por un brazo y
llevándosele hacia el foro.) ¡Ahora nosotros! (Enta-
blan una viva conversación en voz baja, durante la
cual Juana le arranca el delantal.)
- HIP. (A don Quintín, que se abrocha el chaleco y se arre-
gla el traje.) ¡Qué susto nos ha dado usted!
- IRENE ¡Ya, ya!
- EDUAR. ¡Pobre don Quintín!
- DOM. Y la cola, ¿qué tal?
- QUIN. (Con desdén.) ¡Bah! Al lado de los fósforos, me
parece un caldo de gallina.
- ANG. En resumen, que aquí no ha pasado nada.
- EDUAR. ¡Nada! (Frotándose las manos con aparente tran-
quilidad.) Y puesto que todo se ha explicado ya
satisfactoriamente...
- DOM. (Retrocediendo escandalizada.) ¡Ave María Purí-
sima... qué descaró!
- IRENE ¡Te equivocas!
- HIP. ¡Pues es flojo el enredo!
- IGN. (Apareciendo muy enfadada por lateral derecha, con
la niña en brazos, besándola y colgando de un faldón
el frac de Nicolás, que se supone ha cogido inadver-
tidamente al sacar á la niña de la cama.) ¡Angel mío!
¡Ya estás con tu abuela! (A Eduardo.) Y ahora,
á ver quién paga las hechuras, que voy á dar
parte en la delegación de que me han roba-
do la portería. (Movimiento general.)
- QUIN. (Alarmado.) ¡Robado! ¿Y mi ropa blanca?
- IGN. (Dirigiéndose al foro.) ¡Más pierdo yo! (Nicolás ve
en aquel momento su frac y se lanza rápidamente á
cogerle.)
- NIC. ¡Mi frac! ¡Caracoles! (Juana y Nicolás le examinan
detenidamente.)
- IGN. (Hace medio mutis, y en la puerta del foro derecha
se vuelve rápidamente, metiendo la mano en el bolsi-
llo del delantal y sacando un parte telegráfico.) ¡Ah!

Con tanto enredo se me olvidaba. (A Eduardo, tirando el parte sobre la mesa.) Esto han traído. (Vase rápidamente foro derecha.)

QUIN. (Mientras Eduardo se acerca á coger el telegrama.)
¡En cueros!

ESCENA XXII

DICHOS, menos la señora IGNACIA

DOM. (Dirigiéndose precipitadamente á Eduardo.) ¿Un parte? ¡Tráele! (Se le arrebató y le abre.)

IRENE ¿De quién es? (Acercándose.)

DOM. (Leyendo.) «Suspended viaje á ésta. Salgo para Madrid.»

EDUAR. (Levándose las manos á la cabeza.) ¡El diluvio!

DOM. (Leyendo.) «San Pedro.»

EDUAR. (Dejándose caer sobre una silla, completamente anegado.) ¡Santa Bárbara!

DOM. (Sorprendida.) ¿Qué tienes?

HIP. (Idem.) ¿Qué es eso? (Rápido.)

IRENE (Idem.) ¡Eduardo!

(Juana y Nicolás prestan también atención.)

QUIN. (Acercándose también.) ¡Vecino!

EDUAR. (Levantando la cabeza y cruzando las manos.) ¡Tía, perdón! ¡Perdónenme ustedes!

DOM. (Sorprendida.) ¿El qué?

ANGEL (Adelantándose.) Señoras; permitanme ustedes. (Todos se vuelven hacia él.) Quiero ahorrar á mi pobre amigo la penosa confesión de su falta.

IRENE ¿Qué falta?

ANGEL Pues, sencillamente... (Con resolución, después de vacilar un instante.) que se ha gastado el dinero de su tío... (Movimiento y exclamaciones de sorpresa en los del pueblo. Nicolás y Juana se rien.)

QUIN. (Escandalizado.) ¡El dinero de San Pedro!

ANGEL Y ni ha hecho mudanza, ni estos muebles son suyos, ni ese es criado...

IRENE (Interrumpiendo vivamente y señalando á Juana.) ¿Y esa señora?

JUANA (Adelantándose y señalando á Eduardo.) ¡Ni yo tengo que ver nada con ese caballero!

DOM. (Furiosa á Eduardo.) ¡Ni nosotras tampoco! Porque lo que es con tu prima Irene...

IRENE (Interrumpiendo vivamente.) ¡Ay, mamá, eso no!

EDUAR. ¡Tía Dominga!

HIP. ¡Mujer!...

QUIN. Doña Dominga, creo que nadie tan autorizado como yo para solicitar que este asunto no traiga más cola. Perdonen ustedes, pues, al muchacho, vámonos todos á la estación á esperar al señor canónigo y á anunciarle...

(Al público.)

- ¿Le podemos anunciar que tú, cual siempre benigno, has perdonado también la locura del sobrino?

TELON

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

La partida... serrana (comedia en dos actos), Mario (hijo) y Santoval.

¡Tocino del cielo! (ídem en un acto), Mario (hijo) y Santoval.

Militares y paisanos (ídem en cinco actos), Mario (hijo).

Al mejor cazador... (ídem en dos actos), Mario (hijo).

Creced y multiplicaos (ídem en tres actos), Mario (hijo) y Pina Domínguez.

El crimen de la calle de Leganitos (ídem en tres actos), Mario (hijo) y Pina Domínguez.

La misma en dos actos, ídem, íd.

El obstáculo (ídem en tres actos), Mario (hijo).

El libre cambio (ídem en tres actos), Mario (hijo).

Ciruelas pasas (ídem en dos actos), Santoval.

El pinar de doña Paula (sainete en un acto), Santoval.

El pavo de la boda (zarzuela en un acto), Santoval y Serrano de la Pedrosa, música del maestro Zavala.

Los Gansos del Capitolio (comedia en tres actos), Mario (hijo) y Santoval.

Five ó clock tea (juguete en un acto y en verso), Santoval.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.^a* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.